

consonni

**Cecilia
F. Santomé**

As despedidas



«Cecilia Santomé captura con extraordinaria precisión la vida que continúa cuando parece que todo se detiene. Capaz de hacernos sonreír y de conmovernos, *As despedidas* es una novela lúcida y delicada, profundamente humana». —**Berta Dávila**

«Es asombrosa la sencillez con la que Cecilia F. Santomé dibuja el maremágnum de emociones que rodea al duelo. *As despedidas* es una novela donde lo universal se transparenta con destreza en lo íntimo y doméstico: una casa, una familia, setenta y dos horas y una despedida que simboliza también el fin de un tiempo en la Galicia rural, de un modo de vida y sus costumbres».

—**Ismael Ramos**

«Allí, en una esquina, Cecilia toma notas mientras la familia vela al difunto en casa. Con la mirada de Gaité y el oído de Delibes, logra documentar un ritual en vías de desaparición y retratar esa coreografía de la despedida de forma precisa, tragicómica, profundamente humana». —**Miqui Otero**

«La obra oscila con sutileza entre lo lírico, lo costumbrista y lo humorístico. Contención narrativa, corte clásico e interés por los detalles configuran el universo narrativo de una escritora que retazo a retazo se consolida como una de las voces actuales más reconocibles [de Galicia]». —**César Lorenzo Gil, *BiosBardía***

«Enlaza con uno de los últimos eslabones de una tradición que arranca en el Canto XXIV de la *Ilíada*, el funeral de Héctor, y culmina en el sexto episodio del *Ulises* de James Joyce, el de Paddy Dignam». —**Iago Fernández, *Faro de Vigo***

«La naturalidad y la fluidez de la escritura de Cecilia F. Santomé dotan a la novela de una proximidad con el lector que los que vivimos situaciones semejantes a las descritas entendemos bien y aplaudimos por el logro de enmarañar todos esos sentimientos que surgen de la pérdida, del alboroto de esas horas de desconcierto así como de la hondura que supone esa ausencia [...]».

—**Ramón Rozas, *Diario de Pontevedra***

«*As despedidas*, de Cecilia F. Santomé, es emoción pura, pues parte de la muerte del abuelo de la narradora y reconstruye un relato de todos los rituales que rodean la ceremonia del velatorio y el entierro, aderezados con retazos de memoria, de modo que se convierte en un homenaje personal pero casi universal a los abuelos y a su influencia en nuestras vidas».

—**Tensi Gesteira, *Nós Diario***

As despedidas

Cecilia F. Santomé (San Simón, 1984) estudió Filología Francesa y se doctoró en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada sin un plan definido: le gustaban las palabras. Luego, trabajó con ellas en marketing digital hasta que se le agotaron las existencias. Ha colaborado con publicaciones de periodismo ciudadano y tendencias como *Toonari Post*, *55 Pages*, *Dot Magazine*. Puso en práctica lo aprendido en la efímera revista *Coolt*, de la que fue cofundadora. En 2017, ganó el Premio Literario Nortear para la juventud escritora de Galicia y del Norte de Portugal por el relato «34, Rue Saint Jacques». Cuatro años más tarde, le concedieron el tercer premio en el Certame de Narracións Breves Manuel Murguía por «As orfas daquel verán». Entremedias, publicó dos novelas: *Quérote. Eu tampouco* (Xerais, 2019) y *Unha rapaza de provincias* (Xerais, 2021). Rara vez escribe poesía. En la revista *Dorna* (2024), hay una muestra de ella. En 2025, recibió el Premio Eduardo Blanco-Amor de novela por *Boundaries Road* (Xerais, próximamente). Esta es su tercera novela, originalmente en galego (*As despedidas*, Xerais, 2024).



Fotografía: Te Valcárcel para Mermaid Photo

As despedidas

Cecilia F. Santomé

consonni

Autoría **Cecilia F. Santomé**
Traducción del galego **Cecilia F. Santomé**
Corrección **Cristina Fernández Santomé**
y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Alejandra Acosta**
Impresión en Galiza **Cosmos Gráfico**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
mayo de 2026, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-76-6
Depósito legal: BI 00197-2026
Edición original en galego: *As despedidas*, Edicións Xe-
rais, 2024

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons
CC Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional CC BY-NC-ND 4.0.
Los textos, edición, traducciones e imágenes pertene-
cen a sus autoras/es.

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial
literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüís-
tica del Gobierno Vasco.

consonni es una editorial interdependiente con un espa-
cio cultural en el barrio bilbaino de San Francisco. Desde
1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apos-
tamos por la palabra escrita y también susurrada, oída,
silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha
cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos
y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante
mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfa-
la, con los feminismos y la escucha como superpoderes.
Nos la jugamos en las distancias cortas.



A mi familia, sin más.

Porque no necesitan dedicatorias memorables.

[...] porque todo doeu despois
cando chegaron as cereixas
ao pé do verán
e ti xa non estabas
para anunciarlas

e agora que mamá é orfa
dime
quen cuidará de min¹.

—Berta Dávila,

Estas son algunhas das miñas cousas favoritas

¹ «[...] porque todo dolió después / cuando llegaron las cerezas / al borde del verano / y tú ya no estabas / para anunciarlas / y ahora que mamá es huérfana / dime / quién cuidará de mí» (Trad. de la autora)

El abuelo ha muerto hoy. O quizás fue ayer. Murió, en cualquier caso, en algún momento entre la hora de la merienda y la del desayuno. Lo que a mí, en particular, me parece una horquilla de tiempo demasiado amplia. No es lo mismo morir al caer el día que hacerlo al alba. Expirar mientras el sol se pierde tras el monte o cuando comienza a derretir la escarcha sobre la hierba. No es lo mismo. Irse a dormir con el cuerpo cansado de la labor. Levantarse con el ansia de la tarea que hay por delante. En el certificado de defunción, el médico de cabecera garabateará una hora a ojo de buen cubero. A nadie se le ocurriría sugerir que se le practique una autopsia. El abuelo abierto en canal como una rana diseccionada sobre una mesa de acero inoxidable es una imagen que se me antoja insoportable.

Ha muerto, pero no sabemos cuándo. Tampoco la abuela es capaz de precisarlo, a pesar de que vivan («vivían», me corrijo mentalmente) juntos. Desayunaban juntos, almorzaban juntos, merendaban juntos... y dormían separados. Al abuelo—más sordo que Goya—, le gustaba ver la televisión a grito pelado en la cama. La abuela prefería rezar sus oraciones de

la noche. Por eso, hacía años que habían partido peras y ella se había acomodado en otro cuarto.

El abuelo está ahora tendido sobre el centro de un coberter maragato estampado de flores. Su postura no es muy ortodoxa: tiene las rodillas dobladas. Oigo a mi primo preguntarle a su madre por qué está pedaleando. La ocurrencia me coge por sorpresa, pero, por fortuna, consigo controlar la risa transformándola en ese extraño sonido nasal que me sale al intentar disimularla, una especie de gruñido de cerdo. Deprisa, saco un pañuelo y me sueno los mocos. Bien podría estar llorando. Cuánta razón lleva el niño: cualquiera diría que hace sentadillas.

Está en esa posición porque cuando la abuela se lo encontró esta mañana —le extrañó que diesen las doce y él todavía no hubiese bajado a tomarse sus migas de pan con leche— estaba sentado en una silla. Catatónico. Y tan acartonado que no pudo recomponerle las extremidades. Así que, hasta que no vengan los de la funeraria, el abuelo seguirá encogido como un *caganer*.

Ella no ha querido avisar a nadie hasta que no hubiésemos llegado todos. Aquí, son los hombres los que se encargan de los trámites. A las mujeres les toca preparar al muerto. Ahora que ya estamos la tía Genoveva, su marido, Hipólito, y sus horribles hijos: Judas Tadeo y Francisco de Borja; la tía Virginia y nosotros (a saber: mamá, papá y yo), podemos ponernos manos a la obra.

Estamos en el cuarto la tía Genoveva, los niños y nosotras dos cuando irrumpe en él la abuela, espantada. Lleva la falda torcida; los chanclos, forrados de lodo seco, el pelo, enloquecido. Caigo en la cuenta de que es la primera vez que la veo desaseada. Viene y nos arrima la mejilla para que los nietos se la besemos por turnos. Siempre del lado derecho.

El izquierdo lo reserva para otros afectos. Mamá le da un abrazo rápido. La tía, bloqueada en la esquina al lado de la mesilla, le lanza un beso con la mano y se la lleva al corazón.

—Rezad por él, tenedlo en vuestras oraciones —y en su voz hay orden más que súplica, aunque las lágrimas se le asomen al abismo de los párpados.

—Era un pedazo de pan, abuela... —aventuro para ofrecerle un poco de consuelo, y lo único que se me ocurre es esa cursilada que suena hueca. El abuelo me caía bien, yo era su nieta favorita, pero con ella me faltan las palabras. Es una mujer intimidante.

—¡Ay!, se ha muerto como las bestias, sin confesarse ni comulgar ni recibir la extremaunción. ¡Quiera Dios que no le pese! Y esta semana, no me dejó que le lavase la cabeza. Apuesto a que ni mojó los dedos de los pies antes de irse a su habitación. Lo cochinas que tenía las sábanas, ¡prefiero no pensarlo! Qué cruz —se lanza a sermonear por la fuerza de la costumbre, navegando entre el presente y el pasado, en una temporalidad confusa y fluida.

Como si de repente tomase conciencia de lo incongruente de su discurso, se recompone y mira a sus hijas alternativamente. Se acerca a la cama, pasa la mano sobre una arruga inexistente del cobertor. Inspira y, todavía de espaldas, nos comunica que los operarios de la funeraria estarán al caer, que ha llamado Hipólito, que no encontraba el teléfono en el listín y ha tenido que buscarlo en *eso* del móvil.

No pueden cambiarle de ropa mientras no lleguen y le preparen el cuerpo. Tendrán que partirle las piernas para enderezarlo. Me alegra que esté muerto. Aunque, por otra parte, si no lo estuviese, ¿qué necesidad habría de hacerlo? Entretanto, abre el ropero y palpa entre los abrigos y las chaquetas del abuelo hasta dar con los dos únicos trajes que

conservaba: el que se hizo para la boda de mis padres y el que se compró para el bautizo de mis primos. El uno es de paño bueno, gris marengo con finas rayas oscuras; el otro, de confección rápida, algo liviano. La abuela los dispone sobre la suave curva del pie de la cama y me pide que vaya a buscar a la tía Virginia para que las tres hijas den su opinión sobre cuál han de ponerle.

Lo que no encuentra es una corbata adecuada, son todas demasiado vivas. Le tiemblan los labios, súbitamente abrumada. La tía Genoveva la tranquiliza diciéndole que los de la funeraria traerán, sin duda, una; también unos zapatos.

El arrastrar de los pies de la tía Virginia la precede. Viene pegada a mis talones, siento su respiración fatigada en la base del cuello. Es torpe en sus movimientos, igual que lo era el abuelo. De niña, para mí eran dos patos.

Las hermanas rodean a la abuela y los trajes. No les acaba de convencer el corte del viejo, alguna opina que está pasado de moda. Otra dice que eso ahora tampoco importa tanto. Se ve antiguo, pero la calidad es la calidad y le ajustará mejor que el más barato. Al final, se deciden por el tres piezas gris. Su madre asiente. Se muestran, además, de acuerdo en que las corbatas son llamativas, en absoluto adecuadas para un difunto de sus años.

Decidida la ropa, guardan un repentino silencio. Como movidas por un impulso común, abren el corro y se cuadran frente a su padre, que sigue haciendo la bicicleta. Los labios de mamá se mueven. Se ha puesto a rezar. A mis primos, que ya han dado muestras de aburrirse, se los ha llevado con discreción su padre abajo.

Aun siendo su nieta, me siento una intrusa en el cuarto en ese instante. Las hermanas rompen a llorar al unísono, cogen del brazo a su madre. Yo me mimetizo con la pared hasta

que mamá se acuerda de mí y se deshace del abrazo para tenderme la mano. Le paso la mía por el pelo, le froto las paletillas con tanta intensidad que no me sorprendería que a punto estuviese de hacerle eructar. Entonces, la tía Genoveva da un paso atrás, asustada, y pregunta, como salida de una ensoñación:

–¿Y el cura? ¿Qué pasa con el cura? –Y se lleva los dedos a los labios, intentando quizás retener la repentina conciencia del error de organización que cree que han cometido.

¡Es verdad! ¿Dónde demonios se ha metido el cura? La muerte y el cura, de toda la vida han ido aparejados. Mamá y tía Virginia miran a su alrededor en un acto reflejo. No es que esperen verlo salir de su escondite detrás de la puerta sacudiendo los brazos y riendo a mandíbula batiente: «¡Os pillé!». Es evidente que no está por ninguna parte. Que no hubiésemos notado su ausencia hasta este instante prueba que: 1) aún estamos en *shock* y 2) que somos los típicos católicos de boquilla. En involuntaria sincronía, nos volvemos hacia la abuela, esperando a que desembuche.

—Hace dos días que estamos sin cura en la parroquia. Al pobre don Eugenio lo enterraron ayer por la tarde en Villaselán —cuenta, con la vista fija en el crucifijo que hay sobre el cabecero, devanando un rosario invisible—. Se le acabaron los días, que Dios lo tenga en su gloria. Y vino Generoso anteayer a arreglarle los cascos a la burra y habló de que el obispo este quiere modernizar las cosas, ponernos una única misa el primer domingo de mes.

—¿Qué significa que «estamos sin cura»? —contesta la tía Virginia, masajeándose la frente como para alejar una incipiente jaqueca.

—Pues qué va a significar: que no hay cura que celebre en nuestra iglesia hasta que el obispo lo mande —se echa a llorar la abuela, sentándose en la cama y haciéndole dar un respingo al abuelo al desestabilizar la esquina del somier.

—Pero tendrán uno suplente, digo yo —razona la tía Geneveva, tan pragmática ella.

—Sí, hombre, calentando en la banda como en el fútbol —interrumpe el tío Hipólito, que asoma la cabeza en ese momento para anunciar que acaban de llegar los de la funeraria.

—Avisemos a otro, mamá —propone la mía.

—¡Nanay! Al sinvergüenza de Prieto no lo quiero yo en mi casa, que muy capaz es de presentarse borracho y armar la marimorena. Y luego —prosigue la abuela, echando cuentas— está don Antonio, pero tu padre y él andaban reñidos últimamente; supongo que no es del caso traerlo.

—¿Mando subir a los operarios o qué hacemos? —apremia el tío Hipólito, quien, después de la broma inoportuna, se había quedado callado.

—Que vengan —le ladra su mujer, todavía molesta por su salida de pata de banco—. Ellos sabrán qué hacer, mamá. Podemos consultárselo.

—De todas formas, le he echado un poco de agua bendita en la frente y el pecho y le he rezado unas oraciones mientras tanto —dice la abuela, señalando la botellita de plástico que hay en la mesilla.

Llaman a la puerta. Unos toquecitos suaves. Como si las hubiesen sorprendido fuera de sus puestos, mi madre y sus hermanas cruzan los dedos en señal de recogimiento, enderezan la espalda. Adoptan la postura de las dolientes.

Dos chicos con aspecto de funcionarios eficientes entran en el cuarto y se presentan, repartiendo pésames a diestro y siniestro. Son de un amable que empalaga, les falta lucir blanqueamiento dental para salir en un anuncio de la tele. Con su entrada triunfal, la conversación sobre el cura queda en el aire. Van explicándonos el protocolo, despacio, cuidándose mucho de no pronunciar la palabra «muerto», a pesar de que tengamos uno delante de nuestras narices. El abuelo es el nuevo elefante en la habitación.

Terminan su discurso, tantas veces pronunciado, y se hace el silencio. Están dejando que procesemos la información. Antes de que se vuelva incómodo, la abuela les da la réplica. Su voluntad es velarlo en casa. Allí ha vivido y desde allí ha de salir para el cementerio. Le horrorizan los tanatorios: gigantescos, fríos, inhumanos. Además, en las «circunstancias actuales», no estima conveniente «andar paseándolo por ahí adelante».

Los de la funeraria intercambian una mirada rápida, es obvio que no están seguros de haber comprendido.

—Disculpe —tantea el que parece llevar la voz cantante, sopesando las palabras—, señora, ¿a qué circunstancias actuales se refiere?

—Y qué va a ser, hombre: que se ha muerto don Eugenio y no tenemos cura para officiar las honras fúnebres al nuestro.

—Nos hacemos cargo, no se apure. Con eso contábamos. Iremos a avisar al de Castro, si le parece.

—¿A Prieto? No lo quiero yo en esta casa, a ese borracho inmoral. Prefiero enterrarlo sin iglesia, fíjate bien en lo que te digo.

La tía Virginia pone cara de susto y murmura: «Bueno, bueno, no nos pongamos tremendos».

—¿Prefiere a don Antonio, el de Vizoso? —propone, con la serenidad de quien sabe que ha llegado la hora de echar sobre el tapete el as que se guardaba.

—No le pongo yo pega, pero a mi marido y a él no les daban últimamente las cuentas. Andaban medio enfadados, y ya hace tiempo que dejó de visitarnos cuando venía a algún entierro por la zona.

Al de la funeraria le ha salido el tiro por la culata. Se pasa la mano por la calva mesetaria, entrecerrando los párpados mientras calibra sus opciones; al fin, zanja la cuestión con un leve movimiento de la barbilla. Ya lo tiene.

—Está bien, no se preocupen. Conozco yo a un cura que puede ayudarnos a salir del atolladero. —Comprobado: el discursito de antes lo tenía chapado. En cuanto le toca improvisar, el piquito de oro se le va al garete—. Es un hombre voluntarioso, estoy seguro de que no pondrá pega. Los hay que no quieren meterse en parroquia ajena, pero aquí... aquí... —Se da cuenta de que está a un paso de meterse en un jardín—. Bueno, voy a llamarle. Si me disculpan...

Sale de la habitación, bajando las escaleras al galope. Desde arriba, aún se escucha su vozarrón al teléfono, como el rebuzno de un mulo hambriento. Esperamos sin hablar, ansiosos, y los minutos adquieren la consistencia de una goma elástica.

La buena noticia es que nos ha encontrado un cura. La mala, que este se había ido de peregrinación con sus feligreses a Covadonga y viene todavía en camino. Le ha prometido que se acercaría nada más romper el día.

—El rosario lo rezamos nosotros, que no nos hace falta nadie para eso. Haber no habrá velatorio, pero sin el rezo no pasa —suelta como para sí la abuela.

Sin cura ni sacramentos, la remota posibilidad de que cambie de opinión y acepte velarlo en el tanatorio se ha ido al garete. Menudo circo sería... No vamos a exponerlo al público mientras no esté todo atado y bien atado. ¿Qué le diríamos

a la gente? ¿Que le dio por el comunismo *in articulo mortis* y que dejó pedido un entierro laico? ¿Que el cura le hizo una faena tomándole la delantera en eso de irse al otro barrio?

Así que, técnicamente, tenemos un cadáver escondido en casa. Un cadáver que, para más inri, en su posición actual ni siquiera cabría en el féretro. Pero a eso van el tío Hipólito y mi padre. No a arreglarle lo de las piernas –no, no, no– sino a elegir una caja. Acompañan a los de la funeraria a la nave que tienen en el polígono industrial para ver el muestrario. Luego, la traerán aquí y se pondrán a montar la capilla ardiente.

En la puerta, la abuela agarra a papá del brazo y lo retiene mientras los otros siguen caminando hacia el coche. «Sencilla, buena; nada de esas basuras de los chinos que hacen ahora», le susurra, y él asiente sin volverse del todo.

Imagen de cubierta

Alejandra Acosta es autora e ilustradora de más de veinte libros, muchos de ellos traducidos a varios idiomas y ganadores de premios nacionales e internacionales como la medalla Colibrí de IBBY Chile y el New Horizons de la Feria del Libro de Bolonia. Ha realizado exposiciones, talleres y charlas en Chile y el extranjero, clases de ilustración y collage en diversas universidades.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2026 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana, Beñat Saratxaga...

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

As despedidas se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 1 de abril de 2026, en el aniversario del nacimiento de Sophie Germain (1776), matemática pionera de la teoría de números y la elasticidad; de Mary Proctor (1862), escritora y divulgadora de astronomía que abrió el firmamento al gran público; de Irene Morales (1865), combatiente chilena que desbordó los roles de género en tiempos de guerra; de Edmond Rostand (1868), dramaturgo de la palabra afilada y el romanticismo tardío; de María Domínguez Remón (1882), periodista y política, primera alcaldesa electa en España; de Alberta Hunter (1895), leyenda del blues y del cabaret, vigorosa hasta la vejez; de Anne McCaffrey (1926), autora de ciencia ficción y primera mujer en alzarse con los premios Hugo y Nébula; de Delia Zapata Olivella (1926), maestra afrocolombiana del folclore y la danza; de Milan Kundera (1929), narrador que interrogó la memoria y la libertad en Europa Central; de Debbie Reynolds (1932), actriz y comedianta icónica del cine clásico; de Wangari Maathai (1940), ecologista y feminista keniana, premio Nobel de la Paz; y de Rachel Maddow (1973), periodista y ensayista que ha hecho del análisis político un servicio público. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.